

cales en que se encuentre; la naturaleza del terreno, las vecindades, el dar frente a calles pavimentadas, el ser accesible en vehículos de tal naturaleza, etc., influyen de manera extraordinaria; hasta las aspiraciones del dueño a quien se pretende comprársele. Hay que estudiar muy bien todos estos aspectos. Los emplazamientos rurales tienen la ventaja de ser mucho más baratos e higiénicos; como es fácil obtener mayor extensión, puede construirse, en muchos casos, el edificio de una planta, lo cual reduce enormemente el riesgo de los incendios. Dentro de la misma ciudad, son mejores partidos para la venta los barrios centrales y comerciales por los alejados o que se van alejando relativamente, pues la ciudad se recarga y urbaniza en determinada o determinadas direcciones.

En fin, cuando se trata de elegir una ciudad, la mejor es aquella que ofrece solares más baratos, capitales más asequibles por empréstitos, obreros más numerosos y especializados, ciertas garantías por parte de la municipalidad, como reducción de contribuciones; sistemas especiales de suscripción, como el de créditos garantizados. Naturalmente, en nuestro medio aún no tienen casi importancia estas últimas condiciones, como sucede en las naciones densamente industriales, como Inglaterra, Alemania, Suiza, Estados Unidos y otras.

LA TOPOGRAFIA

Ordinariamente lo mejor es elegir un terreno plano; excepto en rarísimos casos, como en las minas, en que los procesos del beneficio exigen planos ordenados en escalonamiento; en algunas veces la explotación de canteras para aprovechar el transporte por cables. De todas maneras las desigualdades del terreno introducen un recargo en la instalación; se necesitan muros de contención, reparación por avenidas, etc.

LA REBAJA DE LOS PRECIOS Y EL ALZA DE LOS SALARIOS

Por Juan de la C. POSADA

Me parece interesante para los estudiantes de **Economía Industrial** traducir, en forma condensada, los puntos de vis-

ta, con respecto a su país, de varios economistas estadounidenses, que aparecen publicados en un suplemento a la entrega correspondiente al mes de Noviembre próximo pasado, de la gran revista "Fortune", de Nueva York, en relación con los temas que sirven de encabezamiento a este escrito.

ALFRED P. SLOAN.—Si se considera lo que la realidad enseña a cada paso, es imposible llegar a entender que puedan existir sostenedores de la **teoría de la escasez**, tan en boga hoy, que ha llegado a hipnotizar a muchos pensadores hasta el punto de considerarla como la piedra angular de la política económica que ha de seguirse de ahora en adelante.

La economía nacional exige que se asegure al consumidor, en forma de precios bajos racionales, el goce de los beneficios que rinde el manejo altamente eficiente de las industrias, basado en el desarrollo tecnológico más avanzado posible.

HENRY A. WALLACE.—La esencia del progreso económico puede expresarse así: **La producción de artículos que realmente demande el consumidor, debe ser constantemente aumentada y siempre balanceada para poder venderlos a precios tan bajos que induzcan al consumidor a obtenerlos, y tan altos que estimulen al productor para fabricarlos racionalmente.** Es esta una forma de educación, que debe tener por característica la **flexibilidad**.

Cuando quiera que la tecnología industrial avance y ponga en manos del capitalista medios de producción más eficientes, que den por resultado productos más baratos, se impone la rebaja en los precios. A este justo ideal se opone la concentración o agregación industrial en forma de grandes **trusts** o monopolios, cuya política económica es generalmente **inflexible**, difícil de quebrantar y de que entre en razón. A este respecto, es desconcertante el hecho de que 200 Corporaciones—sin incluir las bancarias—controlen en los Estados Unidos el 55% de toda la industria.

Así como hay un punto, evidentemente, más allá del cual el obrero no deberá pedir rebaja en horas de trabajo ni aumento de salarios, los industriales en todo campo tampoco deberán recortar la producción para hacer subir los precios.

WARTER C. TEAGLE.—Después de seis años de depresión en las actividades de los negocios, durante los cuales se han puesto en juego, activamente, para remediarlos, multitud de ensayos, la economía de los problemas industriales se ha vuelto de interés público general.

Cada día se aprecia con más énfasis que **la producción útil crea riqueza**, y que por consiguiente, va en contra de la

obtención de un standard de vida elevado todo lo que tienda a restringir o a controlar precios artificialmente. El juego libre de las fuerzas competidoras acrecienta la eficiencia y tiende a la rebaja de los precios, con lo cual se estimula el consumo y por consiguiente la demanda de productos, y esto se traduce en la obtención de renta y ocupación para más gente.

WILLIAM GREEN.—El problema económico moderno no puede resolverse justicieramente sino mediante un cambio fundamental en la distribución de la renta. La reducción de precios deberá ir acompañada de protección eficaz a la renta de los que viven de salarios, si ha de dar el resultado que las clases pobres esperan.

WALTER LIPPmann.—Para que el sistema capitalista alcance su beneficio máximo y evite su ruina total, es indispensable que se reviva la vieja doctrina de que la oferta y la demanda deben andar siempre de la mano, estrechamente unidas. Desafortunadamente, en los últimos cincuenta años los hombres de negocios, los conductores de los obreros y los legisladores políticos, se han empeñado en fijar precios y salarios que no guardan relación, que no marchan en armonía con la oferta y la demanda, rebasando el justo punto de equilibrio entre estas dos fuerzas. Es verdad que así obtienen gran provecho las agrupaciones o clases que resulten en posición privilegiada. Pero el ensayo sale costoso. Sobreviene luego, infaliblemente, el sobrante ocioso de costosos equipos para la producción; el desempleo o desocupación; la acumulación de productos invendibles, y sobretodo, el retraso para el asalariado de la llegada para él de un standard de vida mejor. Las capacidades productoras de la nación, sus obreros y su maquinaria, se embotan o anulan cuando es imposible vender las cosas a los precios que por ellas se piden. Solamente se prestan para su cabal utilización, las fuerzas productoras cuando el precio de la oferta iguala a la capacidad adquisitiva de la demanda.

JOHN W. DAVIS.—Es falsa la doctrina de que el bienestar general pueda venir de la restricción en la producción. Es imposible entender que pueda haber quien sostenga que la prosperidad de un país dependa de que se vendan menos cosas por más dinero, en vez de lo contrario. La riqueza nacional no se mide en términos de numerario y depósitos bancarios, sino por la integración de las comodidades que proporcionen el capital y el trabajo aunados para uso o beneficio del público. El aumento de esta clase de riqueza y su distribución adecuada entre el mayor número posible de gentes, debe ser el objetivo de toda economía sana. El

éxito o el fracaso del sistema capitalista se puede medir o apreciar por los resultados que dé en este sentido.

El sistema de la libre competencia, que ha dominado en la vida económica del pueblo saxoamericano, ha elevado más rápidamente la productividad humana, y con ello el standard de vida, que cualquiera otro que haya existido. Así lo enseña la historia. Lo que se necesita para que el sistema funcione mejor es mayor libertad; menos restricciones públicas o privadas; reducción de precios por virtud de una bien entendida economía que tienda a obtener amplios mercados, y no por la fuerza egoísta de los monopolios o por la intervención del estado en la fijación de precios. No se necesitan impuestos crecidos, excesivos, ni tarifas altas o barreras que limiten el consumo, sino todo lo contrario, para obtener una vigorosa circulación e intercambio de productos y de servicios, tanto doméstico como fuera del país.

No es política sana la que consista en sustituir los esfuerzos libres de los individuos, que trabajan por el mejoramiento de su propio destino, por la desmedida intervención o control del estado. En este último caso, la atmósfera política que rodea siempre tales iniciativas, impide que se ejer-
citen inteligentemente en todos los casos; rara vez dejan de ser egoístas; jamás funcionan eficientemente, y llevan siem-
pre a un standard de vida inferior.

Medellín, Marzo de 1936.

Antiguos alumnos de la Escuela Nacional de Minas

Medellín—Colombia.

Circular N° 1.

Agosto 20 de 1.935.

Señor Ingeniero

Nos une el amor a la Escuela Nacional de Minas y el orgullo de ser alumno de este Instituto.

Por insinuación del Dr. Alejandro López se reunió recientemente un numeroso grupo de Ingenieros en el salón de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, con el fin de tratar diversos asuntos en relación con la unión y acercamiento de los antiguos alumnos de la Escuela Nacional de Minas.